

## CLINTON Y BUSH: ACIERTOS Y DESACIERTOS DE LA POLITICA EXTERIOR ESTADOUNIDENSE

Waldemar Arroyo Rojas

Luego de haber consolidado una política exterior exitosa, la política exterior estadounidense ha pasado a una etapa caracterizada por la agresividad, la unilateralidad y la falta de resultados. Durante los 8 años previos a Bush, la administración de Bill Clinton logró reestablecer la democracia en Haití, negociar la paz en la ex-Yugoslavia, mediar un acuerdo de paz en Irlanda del Norte, suscribir un tratado de libre comercio con México, ayudar a este país a salir de una crisis financiera, normalizar las relaciones con Vietnam, promover un acercamiento con Corea del Norte, persuadir a este país a que se sometiera a controles internacionales en relación a su programa nuclear y acometer una intervención humanitaria en Kosovo, a través de la OTAN, con la cual se detuvo el genocidio perpetrado por Serbia contra los albaneses de la provincia de Kosovo. En el Cercano Oriente, la administración Clinton realizó importantes esfuerzos para alcanzar la paz. Sin perder de vista su posición como Jefe de Estado de la superpotencia mundial, Clinton siempre intentó, con éxito, emprender políticas respetuosas del derecho internacional, guiadas por principios universales y con criterios multilaterales. Simultáneamente, demostró pragmatismo en el sentido de entender los límites y posibilidades de sus políticas. Con ello, demostró su gran talento e instinto político, el cual se manifiesta en llevar a cabo reformas pero entendiendo las limitaciones que se presentan en el campo político.

En cambio, la política exterior del actual Presidente Bush presenta pocos resultados y más bien muestra una tendencia perniciosa, no sólo para el resto del mundo sino también para el propio Estados Unidos. Es cierto que, como reconoció la Resolución 1368 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, Estados Unidos tiene derecho a defenderse de la agresión terrorista perpetrada por la red Al-Qaida, ocurrida el 11 de septiembre del 2001. Debe reconocérsele a la administración Bush su aportación al derrocamiento del régimen “paria” talibán en Afganistán y su substitución por un gobierno legítimo e infinitamente más liberal.

Sin embargo, en relación a otras políticas los resultados no han estado tan claros. Bajo la administración Bush, Estados Unidos ha tenido un papel ambiguo en el reciente enfrentamiento entre Israel y la Autonomía Palestina. Ha sido positivo en términos de instar a Israel a retirarse de las ciudades palestinas y de cesar su cerco al Presidente palestino Yasser Arafat. Además, Estados Unidos ha manifestado con claridad la necesidad de establecer un estado palestino para garantizar la paz en la región. Pero Estados Unidos también aportó municiones a Israel al proclamar el “derecho” de éste a defenderse, derecho irónico si se considera que Israel ocupa ilegalmente los territorios palestinos y hace caso omiso de las Resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas que exigen la retirada de los territorios árabes ocupados.

En la formulación de la política exterior estadounidense se manifiesta una tensión entre dos sectores de la “burocracia”. El Departamento de Defensa, el Vicepresidente y la Asesora de Seguridad Nacional representan el sector más conservador de la administración. Por otra parte, el Departamento de Estado muestra tendencias más conciliadoras, diplomáticas y moderadas. Cuando predomina el primer sector, Estados Unidos no consigue mayores resultados. Evidentemente, los intereses belicistas tienen un protagonismo excesivo en la administración Bush. No es casual que el Vice-Presidente fuese Secretario de Defensa y el Secretario de Estado fuese Comandante en Jefe del Estado Mayor, ambos bajo la administración del ex-Presidente George Bush padre. El presupuesto de defensa es el más alto desde 1990, lo cual no se justifica en vista de la finalización de la guerra fría. Incluso cuando se puede argumentar que es evidente el peligro que representan nuevos enemigos como Al-Qaida, se trata de enemigos no estatales, capaces de causar algún daño, pero no de confrontar militarmente a Estados Unidos como sí podía la Unión Soviética. Esta administración invertiría mejor sus recursos para la defensa, si destinara más en lanzar una ayuda masiva a Colombia para desterrar el narcoterrorismo, invirtiera más en la protección de sus fronteras y la de sus territorios, controlando mejor de esta manera el narcotráfico, la inmigración ilegal y el tráfico de armas. También mejoraría la seguridad de sus ciudadanos ejerciendo un mayor control en la venta de armamentos, tanto dentro de sus fronteras como hacia el exterior. Incluso tras los ataques del Al-Qaida el presupuesto de defensa sigue siendo 10 veces superior al de seguridad interna.

La actual administración ha renegado el tratado ABM (Tratado de Misiles Anti-Balísticos de 1972). Dicho tratado proveía el marco institucional para estabilizar la carrera nuclear entre Estados Unidos y Rusia. Los motivos para renunciar a dicho tratado hay que buscarlos en el afán de Bush de resucitar el programa de defensa balística, el cual sería muy costoso y colocaría a Rusia en situación de indefensión ante Estados Unidos. Ello resultaría en una situación de mayor inestabilidad estratégica. Es encomiable que la administración Bush haya suscrito con Rusia el Tratado de Moscú para reducir los actuales arsenales balísticos desde unos 6000 hasta un promedio de 2000 para cada país. Pero la renuncia al Tratado ABM deja las puertas abiertas al desarrollo de sistemas antibalísticos que podrían alterar el equilibrio estratégico entre Estados Unidos y Rusia.

En el ámbito ambiental, el gobierno de Bush también ha dado muestras de unilateralidad. Esto quedó dramáticamente demostrado con el rechazo del Protocolo de Kyoto, que Clinton había suscrito, bajo la excusa de que se les exige más a los países desarrollados en términos de controlar las emisiones de gases. Sin dicho tratado se corre el riesgo de que la capa de ozono continúe deteriorándose y el planeta recalentándose, con los consiguientes peligros que ello conlleva para la vida y para el mantenimiento del equilibrio ecológico.

La actual administración cuestionó inicialmente el “Plan Colombia”, iniciado por el Presidente Clinton, de ayuda masiva estadounidense al país suramericano para luchar contra los grupos guerrilleros. El recrudecimiento de la violencia en dicho país ha hecho variar la posición de la administración estadounidense. En sus etapas iniciales, la política exterior estadounidense pretendió ejecutar una especie de política “aislacionista”, que

muy pronto tuvo que modificar. En el Cercano Oriente, se pretendió abandonar la función de mediador más o menos imparcial entre Israel y los palestinos. En cambio, se adoptó la política errada de dejar a ambos negociar sin mediación estadounidense, política que Estados Unidos se vio en necesidad de enmendar una vez fue evidente que generaba más violencia. Tanto en Colombia como en el Cercano Oriente se puso de manifiesto una crítica destructiva de las anteriores políticas de Clinton, pero sin ofrecer alternativas viables. Irónicamente, en ambos casos, Bush tuvo que regresar a las políticas clintonianas que tanto criticó.

La administración Bush también manifestó su intención de disminuir la participación de tropas estadounidenses en operaciones de mantenimiento de la paz, por ejemplo en Bosnia-Herzegovina y en Kosovo. Esto se ha propuesto sin plantear una alternativa clara y sin considerar que es la presencia internacional la que contribuye a mantener la paz en los Balcanes. También pone de manifiesto la aversión de Bush a las políticas multilaterales y a las organizaciones internacionales. Su política más bien se inclina hacia la preparación para operaciones militares y su uso unilateral. No hay inclinación hacia los mecanismos multilaterales o el mantenimiento de la paz. Este último disminuye inmensamente los costos militares y humanos y garantiza la paz mejor que el uso de la fuerza. Esta política puede terminar siendo claramente contraproducente, al resultar en una disminución de las operaciones de mantenimiento de la paz y al generar mayor resentimiento mundial hacia Estados Unidos por su uso unilateral de la fuerza. El propósito de Bush es que Estados Unidos decida las políticas exteriores unilateralmente y luego exigir a sus aliados que lo sigan incondicionalmente. Ello sólo puede conducir a Estados Unidos hacia un mayor aislamiento, tal como está ocurriendo en términos del propuesto ataque contra Iraq. Ni siquiera sus aliados incondicionales, los británicos, han demostrado mayor entusiasmo en la operación.

La posición respecto al Tribunal Criminal Internacional, al que Bush amenazó militarmente en caso de que procese judicialmente a militares estadounidenses, constituye el último gran error de la política exterior estadounidense actual. Una acción militar contra dicho Tribunal constituiría un golpe gravísimo contra el Derecho Internacional, generaría rechazo global hacia Estados Unidos y pondría en peligro los importantes avances que se han realizado a favor del Derecho Humanitario durante el último decenio. El Presidente Clinton había comprometido a Estados Unidos con dicho Tribunal. Bush está cuestionando todo el andamiaje de derecho internacional diseñado para hacer al mundo más pacífico. Las organizaciones internacionales sólo parecen tener valor si sirven a los intereses estadounidenses. Su administración da la impresión de querer comprometerse con el Derecho Internacional sólo cuando éste sirva sus intereses, defendidos éstos de manera muy unilateral y no como miembro de la comunidad internacional.